

MIRET MAGDALENA

COMENTARIOS INDEPENDIENTES (II)

En el año 1965 se hizo una encuesta en Madrid sobre cuestiones religiosas, publicada por la Revista Española de la Opinión Pública y comentada después por dos sociólogos españoles en Los Anales de Sociología.

De esta encuesta se deduce que el 15% de los hombres eran contrarios al control de la natalidad. El 29% aceptaban este control en la forma autorizada por la Iglesia. Y el 46% pensaban que se debía permitir «por cualquier medio» cuando existiesen razones graves, y muchos de ellos pensaban ser lícito incluso sin tenerlas. Las mujeres consultadas se acercaban a estas cifras sensiblemente.

A la hora de discutir lo que opinan los católicos de otros países creemos muy interesante recordar estos datos. Ya que el propio Vaticano admitió —por un portavoz— que una mayoría de católicos probablemente están en desacuerdo con la enseñanza del Papa sobre el control de la natalidad, según refiere una Revista norteamericana de gran solvencia.

En Inglaterra, en Brasil y en Francia las proporciones tienen una cierta semejanza con esta encuesta española. Aunque no se ha dado completa, en algún caso, en nuestro país la encuesta —tras la encíclica— del periódico *The Sunday Telegraph*, confeccionada por el Instituto Gallup, sin embargo, lo interesante de ella era que el 70% de los católicos ingleses contestan que los matrimonios pueden usar las técnicas de control de natalidad cuando haya razones de salud para la mujer.

La razón de todo ello es que la experiencia vital de muchos matrimonios católicos y el análisis teórico del sentido personalista de este sacramento han llevado a muchos creyentes y teólogos a una postura que difícilmente coincide con algunas de las rígidas apreciaciones del Papa sobre los detalles del control de natalidad.

Monseñor Lambruschini, elegido por el Papa para presentar su encíclica en Italia, dijo bien claramente que «los teólogos pueden continuar discutiendo entre ellos». Lo que nadie puede pretender es que esta postura de bastantes teólogos católicos —que sin duda son una enorme mayoría— vaya a conservarse en secreto. Se habla de ello, se barajan sus razones, y todo esto se hace a la luz pública, como es natural en nuestra civilización actual, que pretende ser mayor de edad.

Ha habido dos Episcopados que —sin llegar a estas posturas inconformistas— han mantenido la misma tesis de todos mis artículos anteriores; o sea, que la encíclica no es infalible, y que, a pesar del respeto y adhesión que merece, en algunos puntos concretos puede un católico llegar a adoptar una decisión de conciencia que no esté de acuerdo con la rígida prohibición de Pablo VI de todos los medios artificiales para conseguir el control de natalidad en casos razonables.

El Episcopado belga, reunido esta semana en Malinas, ha aclarado sin timideces que «como no nos encontramos ante una declaración infalible, e irreformable por tanto, no estamos obligados a una adhesión incondicional y absoluta». Un lector un poco nervioso se molesta de que tuviera yo esta postura y hablase de ella; pero ahora, avalada por todo el Episcopado de Bélgica, creo que se convencerá de que es la doctrina tradicional de la Iglesia. Tenemos que acostumbrarnos a no extrañarnos de que el Catolicismo pida católicos maduros, serenos y con un criterio responsable, que nunca puede estar fabricado de forma automática en lo concreto, y no sólo católicos pasivos de excelente buena fe pero sin un juicio personal después de suficiente reflexión.

Se plantean los Obispos belgas el caso que puede darse de un disenso personal diciendo: «Si alguien competente en

la materia y capaz de formarse un juicio personal bien fundado —lo que supone necesariamente una información suficiente— llegase sobre ciertos puntos, después de un serio examen ante Dios, a otras conclusiones, tiene el derecho de seguir en este aspecto su convicción, siempre que esté dispuesto a continuar lealmente su búsqueda y que conserve sinceramente su adhesión a Cristo y a su Iglesia».

Por otro lado insisten —como yo he insistido— en que el tema del cual habla el Papa es «mucho más amplio y positivo» que el punto de detalle sobre el control de natalidad en que casi exclusivamente se ha fijado la mayor parte de la opinión. Por eso añaden: «Sería infinitamente lamentable que los lectores de la encíclica no se fijen en las consideraciones fundamentales y solamente presten su atención a la parte del documento que prohíbe ciertos métodos de regulación de nacimientos».

Estos Obispos son realistas y confiesan ser «conscientes de las dificultades que numerosos fieles experimentan», de la misma manera que reconocen la comprensión que hay que tener con aquellos católicos que «están tristemente turbados por ciertas exigencias de la encíclica». Y los unos y los otros —estando de buena fe— «no deben creerse que están separados del amor de Dios».

Una cosa parecida acaba de hacer el Episcopado alemán, que piensa «que no se puede excluir la posibilidad de que el católico, por razones serias, crea poder separarse de una proposición del Magisterio Eclesiástico que no es infalible, como es el caso de muchos católicos —sacerdotes y laicos— que están convencidos en conciencia que éste es el caso en lo que se refiere a la cuestión de los métodos de regulación de los nacimientos».

Lo que pide el Episcopado germano es que se tenga una buena disposición para la reflexión de las afirmaciones de la encíclica, sin parcialidad contra ellas; pero «los pastores, en el cumplimiento de su labor, especialmente en la administración de los sacramentos, respetarán las decisiones tomadas en conciencia y de manera responsable por los fieles».

Es una gran satisfacción para un católico encontrar a estos Obispos que públicamente saben aliar el respeto a la máxima autoridad eclesial con el respeto hacia las convicciones personales y las dificultades concretas de los católicos.

Estos Obispos —tanto los alemanes como los belgas— se han asesorado de una serie de teólogos que habían mostrado esta misma postura, madura y crítica, sin temores ni rebeldías. En Bélgica han sido varios profesores de la Universidad católica de Lovaina, especializados en estas materias, quienes les han aconsejado; y entre los alemanes no hay ninguna duda de que la postura del teólogo Hans Klüng ha sido decisiva a la hora de ilustrar los Obispos a sus fieles con estas indicaciones pastorales, a las que han prometido seguirá un trabajo más detallado y extenso.

Ni que decir tiene que me encuentro totalmente identificado con las comprensivas posturas de estos dos Episcopados, y en general con la actitud reflexiva y abierta de teólogos tan serios como Bernard Häring, cuyo disenso en público de algunas de las directrices del Papa ha sido patético, por el grado de cariño y sinceridad que manifiesta hacia Pablo VI este teólogo y amigo personal suyo.

En el próximo y último artículo resumiré a mis lectores la postura crítica de estos teólogos, que me parece tiene todas las características de una reflexión seria, aliada al respeto máximo, dentro de la necesaria sinceridad con uno mismo, y estando siempre movidos —como están— por el amor profundo hacia la Iglesia, que es el pueblo de todos los creyentes y no sólo la ciega sumisión de algunos.